

Querida muerte

DANIELA MAHECHA DÍAZ

Estudiante de Creación Literaria, Universidad Central.

Celina

9 de mayo de 2001

—El diagnóstico es Alzheimer.

Esto me deja fría. Tengo la certeza de que mi vida se desintegrará hasta desaparecer. Mi hija, sentada a mi lado, me mira con compasión, casi con lástima, y trata de transmitirme la sensación de “Todo va a estar bien, saldremos juntas de esto” con su gentil mirada. Esa mirada siempre me conmueve, ahora no provoca nada en mí. El médico quiere quitar la tensión del ambiente, se nota su incomodidad y va a hablar.

Estamos en el auto, con la radio apagada y con el ruido de la calle que entra débilmente por las ventanas entreabiertas. El doctor me explicó cómo ‘funciona’ la enfermedad y el tratamiento que se le da, no para curarla sino para alargar el proceso de desa-

parición de mi vida e identidad. Dijo que en un punto olvidaría hasta las cosas más básicas. ¿Será que olvidaré cómo conducir?, pero si lo hago tan bien... No lo concibo. Diana no se atreve a hablar, no se inmuta. Mejor enciendo la radio, quiero disfrutarlo antes de que se me olvide como cambiar de emisora.

13 de julio de 2001

Tengo que escribirlo todo antes de que se me olvide. Sí, eso haré. Debería llevar un diario, como solía hacerlo en esos días grises y abrumadores.

23 de noviembre de 2001

Mamá, ¿no crees que deberías pasar por escrito ciertas cosas que te parezcan importantes? Algo que quieras decirle a alguien o recuerdos que no quieras que desaparezcan.

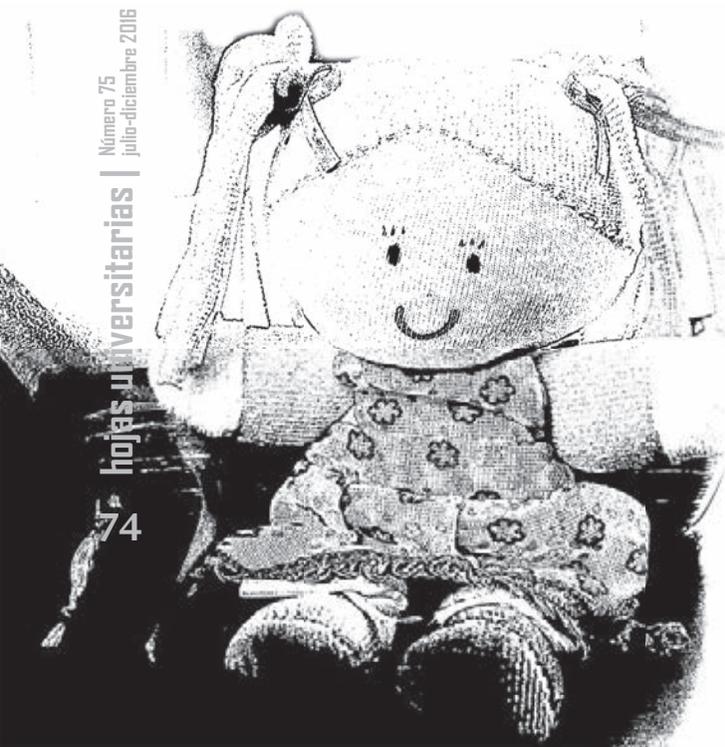
—No lo haré, no necesito exponer mi vida en hojas de papel. Tú no te preocupes que no he dejado ninguna herencia, y si la dejé, igual no lo recuerdo. No hay nada de mi vida que alguien más necesite saber.

19 de septiembre de 2005

El plato viene. Comer es difícil y ella me ayuda. No sé quién es. Solo quiero ir a mi cuarto a jugar con mi muñeca. No quiero comer.

—Vamos, mamá, come un poco. Acuérdate de lo que solías decir: “Enfermo que come nunca muere”.

¿Por qué me llama mamá? Esa señora está loca. Quiero jugar con mi muñeca.



Diana

25 de abril de 2016

Murió hace un mes. La habitación aún huele a ella. Todo está intacto. Medicamentos, joyas, pañuelos, papeles, sobres... ¿un cuaderno? Un diario es un diario. ¿Mamá llevaba un diario?

12 de mayo de 2001

He decidido llevar un diario, como en los viejos tiempos, ya que en este momento se hace necesario. En mi juventud, sumergida en las sombras, escribir fue mi salvación y mi escapatoria.

Hace poco me diagnosticaron Alzheimer. Fue un golpe fuerte, más fuerte de lo que yo puedo ser. He superado muchas cosas en la vida, incluso he superado la muerte, pero no podré evitar que mi vida se desintegre y desaparezca poco a poco por esta maldita enfermedad.

No vale la pena escribir los recuerdos dolorosos. Siempre quise deshacerme de ellos y ahora se cumplirá mi deseo. Solo no quiero perder el recuerdo de quienes me hicieron amar la vida a pesar de todo.

Fernando. Mi gran amor. Una noche fue suficiente para olvidar la desgraciada vida que me esperaba. No voy a escribir sobre Jacobo. Solo diré que la noche antes de casarme con ese viejo fue la mejor noche de mi vida. Esa noche hice el amor con Fernando, fue mi primera vez. Nunca olvidé sus caricias y sus besos, recordarlos fue mi aliento en los momentos más difíciles. Aún amo a Fernando, no con la pasión de antes, pero sí con fervor y ternura.

José. Si José estuviera aquí todo sería más sencillo para mi hija y para mí. Lo aprecié mucho, fue un hombre ejemplar, el mejor apoyo que una mujer podría tener. La enfermedad se lo llevó más rápido de lo que esperaba, pero pronto me reuniré con él.

13 de julio de 2001

Hoy decidí escribir un diario. Para mi sorpresa ya había pensado en esto antes, pues descubrí que ya había empezado a escribir algo un par de meses atrás. Caigo en cuenta de que el día que muera, tú, hija mía, vas a ser quien lea esto, así que prefiero aclararte las cosas.

No creas que no quise a tu padre, lo hice profundamente, pero mi amor siempre perteneció a una persona, mi corazón siempre fue de Fernando. No vale la pena contarlo todo, así que te resumiré un poco las cosas.

Cuando vivía en el pueblo y era solo una adolescente conocí a Fernando. Desde el primer instante me cautivó. Nos enamoramos profundamente. No era nuestro destino que estuviéramos juntos más que una noche, esa que ya referí y que nunca olvidé. Fue la última vez que hablamos, fue la primera y última vez que nuestros cuerpos se tocaron. No he dejado de amarlo desde entonces.

Al día siguiente me casé con Jacobo (un viejo de sesenta y tantos años) obligada por mi madre. Estuve casi 10 años en la cárcel acusada de un crimen que no cometí. El viejo Jacobo me tuvo una trampa. Se suicidó e hizo aparentar que yo lo había matado. Esa era su venganza por mi eterno amor hacia Fernando. Aún recuerdo sus palabras: "Te has burlado de mí, Celina. Es la burla más cruel a la que jamás fue sometido un hombre. Pero te juro que tu castigo será mil veces más grande. La tela de araña está cerrada a tu alrededor. Yo pierdo muy poco. Tú lo perderás todo".

Hubiera estado 24 años en la cárcel si no me hubiera escapado. Pasé por cosas duras, pero todo lo pude enfrentar teniendo como aliciente mi amor hacia Fernando. Di-

cen que el amor lo puede todo. Ese amor casi me lleva a la locura y al abismo de la muerte.

Era el año 64. A través del periódico me enteré de que Fernando estaba siendo reconocido como escritor y que tenía una esposa y dos hijos. Leer tal información fue un golpe seco en mi pecho. No quise saber más de él. ¡Cómo juega el destino con nosotros! Al día siguiente lo vi en un café, él me reconoció y yo hui.

Fernando me buscó. Un día se presentó en la puerta de la habitación en la que vivía, nuestras miradas se encontraron por un momento y luego se fue, como si huyera de lo que pudiera pasar. Eso fue demasiado para mí, eso acabó conmigo y con la vida miserable que llevé hasta ese momento. Entonces decidí acabar con mi vida, en medio de una de las más fuertes tormentas que ha sufrido Bogotá, tomando 14 pastas para los nervios. Escribí las que serían las últimas palabras de un diario que llevaba desde mi estadía en la cárcel, mientras esas pastillas hacían efecto.

Fernando

2 de mayo de 2016

Querida Celina:

Ya es hora de que te escriba una carta, y tal vez es demasiado tarde. La vida juega mucho con nosotros y, así como yo pude leer tus cartas, tal vez tú puedas leer esta, tal vez esta hoja de papel pueda traspasar la dimensión entre la vida y la muerte. Pronto te veré allí, en esa otra dimensión. ¿Aún tienes el cabello teñido de rubio? Bueno, no sé con qué forma vaya uno a parar al cielo, tal vez llegues joven como cuando nos conocimos.

Tu hija es hermosa, se parece mucho a ti; es una muchacha muy dulce. Vino y me lo contó todo, como se lo pediste, y me mostró las pocas hojas que escribiste desde que te diagnosticaron aquella enfermedad.

Desperté en un hospital, mi habitación se había inundado por la lluvia, yo me había desmayado y unos bomberos me rescataron. Sigo amando a Fernando y moriré haciéndolo, pero desde ese día lo eliminé de mi vida y yo pude renacer.

23 de noviembre de 2001

Hoy dije que no iba a pasar mis recuerdos por escrito, pero me encuentro con que ya lo he hecho.

Diana, sé que en algún momento leerás esto, sé que querrás saber más. En mi biblioteca busca el libro de Fernando Soto, solo tengo uno del autor; léelo, entonces todo estará claro para ti. No te decepciones de mí por lo que leas. Mi vida antes de conocer a tu padre fue difícil.

Hazme un favor si puedes. Hazle saber a Fernando que no morí. Hazle saber que todo estuvo tan bien para mí como para él. Búscalo y dile que siempre lo amé. Sé que lo voy a amar hasta el día de mi muerte, así no llegue a recordar ni su nombre.

Quedé más frío de lo que ya soy, al saber que nunca moriste. No entiendo por qué no me dijiste que vivías. He soñado con volver a verte desde esa gran tormenta bogotana en la que te creí totalmente perdida. Quisiera enojarme contigo, pero esa decisión de no buscarme más fue la mejor que pudiste haber tomado. Me alegra que hayas leído mi libro; moriste sabiendo lo que siempre he sentido por ti.

Sé que nuestro amor está destinado a trascender a la muerte. Ella me viene siguiendo muy de cerca con la ayuda de un cáncer gástrico. Pronto nos veremos,

Fernando ■■■